

La lucha por la integración social



Diego Crespo

Andrea Fernández, Alejandra Rodríguez, José Antonio Jiménez, Manolo Gabarri, Saray Hernández y Sónica Hernández, con el cartel de una exposición fotográfica sobre «Miradas gitanas».

Oviedo,
Azahara VILLACORTA
¿Le molestaría tener como vecino a un gitano? Cuatro de cada diez españoles reconocen que sí. O así lo recogió, al menos, el Barómetro del Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS) de noviembre de 2005, que constató que la comunidad gitana continúa siendo el grupo social más rechazado de España: «A uno de cada cuatro españoles no le gustaría que sus hijos estuvieran en la misma clase que niños de familias gitanas».

La minoría étnica mayoritaria en el Principado, donde viven entre 10.000 y 12.000 gitanos —aproximadamente un dos por ciento de la población asturiana—, también es la más discriminada. Según un estudio del grupo de investigación psicossocial de la Facultad de Psicología de la Universidad de Oviedo, realizado en colaboración con el Movimiento por la Paz, el Desarme y la Libertad en Asturias y la Consejería de Vivienda, los jóvenes asturianos presentan un alto nivel de prejuicios hacia el colectivo de inmigrantes y las personas de etnia gitana residentes en el Principado, sin que se observe un cambio en las actitudes xenófobas respecto a las de generaciones precedentes. Además, los gitanos despiertan reacciones negativas «manifestadamente superiores» a las que surgen con relación a los grupos de extranjeros.

La Fundación Secretariado Gitano es clara al respecto: aunque en los últimos años se ha producido una sensible mejora en sus condiciones de vida, propiciada por el acceso de los gitanos a los sistemas de protección social, a la vivienda pública y a los sistemas de salud y educación, «la población gitana continúa constituyendo uno de los grupos más vulnerables y, en términos generales, son de los ciudadanos asturianos más excluidos social y económicamente». Sólo en 2006, la Fundación constató ocho casos en los que se demostró que existieron prácticas discriminatorias en el Principado. Estas son algunas de las caras de la exclusión que han sido recogidas en el informe «Discriminación y comunidad gitana 2006».

«Es gitana, es una sucia, es lo peor»

Las asociaciones romaníes denuncian la discriminación que sufre este colectivo en Asturias, formado por unas 10.000 personas, y ponen ocho ejemplos de marginación

● **Pravia.** Durante el Pleno celebrado en el Ayuntamiento para tratar el realojamiento de tres familias gitanas, dos concejales afirman en sus intervenciones que el colectivo gitano «siempre se queja de que es maltratado, de que está discriminado», cuando, aseguran, «ellos, donde están a gusto, es fuera de los pisos». «No les gusta vivir en pisos, a la mayoría, porque no se saben adaptar, no guardan las normas de convivencia...» y «se quejan de que no tienen dinero; pero sus vehículos todos los vemos, creo que no los regalán en una tómbola».

● **Gozón.** La Fundación Secretariado Gitano suscribe un convenio de colaboración con el Ayuntamiento para la promoción e inserción social de la comunidad gitana del municipio. Se trata, dice la Fundación, «de un

trabajo integral que implica la puesta en marcha de medidas de erradicación del chabolismo para luego incluirlas dentro de un plan municipal que nunca llega a aprobarse por desinterés político, a pesar de la presión de la Fundación para que se cumplieran los compromisos acordados».

Los jóvenes tienen un alto grado de prejuicio, similar al de las generaciones precedentes

El plan de erradicación del chabolismo, recuerda, «es una experiencia de buenas prácticas en el III Plan nacional de acción para la inclusión social del Reino de España 2005-2006».

● **Oviedo.** En abril, con moti-

vo de la puesta en marcha del programa de acciones de conciliación, dirigido a mujeres gitanas con cargas familiares, la Fundación Secretariado Gitano se pone en contacto con una ludoteca para obtener información sobre horarios y presupuesto. El responsable de la ludoteca asegura, cuenta esta asociación, que el grupo de las mañanas está casi completo y no ve factible incluir a niños de una «clase social» diferente. Tras la insistencia de la Fundación, el propietario reconoce finalmente que lleva poco tiempo en el negocio y teme que el resto de los niños deje de asistir. Finalmente propone como alternativa el horario de tarde, en el que cuenta con menos clientes.

● **Avilés.** Con motivo de la fiesta de fin de curso de un colegio de Avilés celebrada en mayo, se realiza un acto público para hacer entrega de la orla de la clase, en la que aparecen todos menos el único gitano del aula, ya que sus padres no han podido pagar la cuota establecida. El padre de uno de sus compañeros intenta convencer a la profesora y al resto de familias para que paguen la cuota del alumno con el dinero sobrante del material escolar, pero no se tiene en cuenta su propuesta, a pesar de que en otras ocasiones sí se han concedido ayudas similares a alumnos no gitanos.

● **Gijón.** Julio. Un usuario de la Fundación solicita en la Dirección General de Tráfico los

documentos de baja de varios vehículos vendidos años atrás, para lo que, según le informan, necesita como requisito imprescindible presentar la documentación acreditativa de su propiedad. Otro trabajador de la Fundación llama por teléfono exponiendo la misma situación, pero la DGT responde que sólo necesita rellenar una hoja de solicitud. La FSG escribe una carta de reclamación y mantiene una reunión con el director de la entidad, que pide disculpas por lo sucedido.

● **Avilés.** Septiembre. La Fundación pacta una formación de 250 horas con el gerente de una chapistería para siete beneficiarios gitanos. El día de la presentación del curso, cuando conoce a los alumnos, el gerente se muestra desconfiado y deja entrever que pueden causarle algún tipo de problema social y personal con el resto de trabajadores. Finalmente, aun a pesar de los esfuerzos de la FSG, decide no llevar a cabo el módulo formativo.

● **Llanes.** Un hombre gitano se interesa por un anuncio de alquiler de un piso y contacta con su propietaria, quien, tras conocer su origen étnico, le comunica que no le va a alquilar el piso porque no quiere gitanos, y que es ella la que decide. La víctima acude al Ayuntamiento y solicita una entrevista con la Alcaldesa, pero nunca es recibida.

Pasa a la página siguiente

Apellidarse Jiménez y el guarda de la ropa tendida

Oviedo, A. V.
Tras la educación, el empleo. «Es muy difícil que un gitano encuentre un puesto de trabajo de los que se consideran «normales», porque un empresario siempre prefiere contratar a un payo», reconoce José Antonio Jiménez, «Román», que habla de tres conocidos, «tres gitanos mineros que funcionan perfectamente en sus puestos de trabajo, como se demuestra en cuanto sales de la cornisa cantábrica, que te encuentras a gitanos dependientes o gitanos camareros. En Asturias, no».

El sesenta por ciento se dedica

a la venta ambulante, dice el presidente de la asociación gitana Unga, el trabajo que proporciona «una mayor calidad de vida, pero donde se cotiza muy poco», mientras que «el resto únicamente accede a trabajos temporales, de machacas, sobre todo, en la construcción». Y en eso, resalta, están «en el mismo saco» de los derechos recortados que «muchos inmigrantes», por más que lleven «aquí desde que reinó Carol».

Y, sobre todas las cosas, la vivienda. «La prueba más difícil para un gitano, según Unga, «Difícilísimo alquilar, incluso un señor

con un contrato fijo, una nómina de 1.200 euros y el título de Bachillerato. En cuanto apareció el apellido Jiménez, la agencia se echó para atrás y no hubo manera».

Rechazo

A la familia de Manolo Gabarri —educador y trabajador en el programa de salud que desarrolla Unga, fundamentalmente, con jóvenes con problemas de toxicomanías, entre ellos, afirma «el hijo de un policía nacional», le pasó.

Querían adquirir una casa en un pueblo del centro de la región,

pero los vecinos se pusieron de acuerdo y no pudo ser. Tuvieron que acabar comprando en otra localidad, con sólo dos habitantes, «donde hasta el guarda forestal está pendiente de cómo tiende la ropa una familia gitana».

La mayoría de las veces acceden a una casa con algún tipo de protección. Y pescadillas que se muerden la cola como ésa les ha granjeado otro prejuicio: el de acaparadores de recursos públicos. La asociación Unga sostiene que las subvenciones «están ahí para todas las personas que los solicitan».

La lucha por la integración social

«No te tratan igual; ni los profes ni los alumnos»

«En ciertos aspectos, la cultura gitana juega en contra nuestra; si fuéramos todos ingenieros, no tendríamos tantos problemas», admite el presidente de la asociación Unga

Viene de la página anterior

● **Avilés.** Diciembre. Una menor utiliza expresiones como «ésta es una gitana, es una sucia, es lo peor...» para insultar y descalificar a una compañera de clase, en presencia de otra compañera. La Fundación Secretariado Gitano organiza una reunión con el profesor tutor de las alumnas y el jefe de estudios, en la que se decide penalizar a la menor.

Precisamente la marginación en el ámbito educativo fue una de las causas por las que Sónica Hernández (18 años), Andrea Fernández (17) y Saray Hernández (15), gitanas, dejasen el instituto.

«En la escuela pasaban de mí. Aunque tenía amigos payos, algunos me llamaban gitana. A ellas, el profesor les prestaba mucha más atención. También los maestros nos discriminaban. Es la verdad misma», cuenta Sónica, respaldada por Andrea, la segunda de siete hermanos, con quienes vive en Trubia y que estudiaba en el mismo centro.

Andrea recuerda que «a la hermana de Sónica, el director le puso la cara así», y simula con las manos el hinchazón que le debió causar el golpe a su amiga. «La discriminación era total, un caos, lo peor, un asco total». Sobre todo, «en el patio»: «Encima, los racistas eran abusones, porque iban todos juntos. Cuando estaban solos, se achantaban».

El caso de Saray, que quiere ser peluquera y casarse, «pero con tiempo», es ligeramente diferente. Ella, que, según la ley, aún debería estudiar, contó en su centro escolar que tenía novio para que la dejaran irse, una historia, la de su «pedimiento», que es mitad cierta mitad no: «Cuando se lo dije, el director me contestó que los gitanos siempre andábamos con lo mismo», resume Saray, que recuerda los tiempos escolares, «muy chungos»: «No te trataban igual. Ni los profes ni los alumnos».

Ahora, las tres están en un programa de garantía social de la asociación gitana Unga que cursan una veintena de jóvenes gitanos entre los 16 y los 21 años que, como ellas, están al margen del sistema educativo oficial. Se persigue, afirma la pedagoga Alejandra Rodríguez —«la paya», como ella misma se define después de explicar muchas veces por qué le gusta trabajar con gitanos y justificarse ante mucha gente que no lo entiende—, «darles una salida laboral mediante la formación básica y la adquisición de un perfil profesional».

Sónica, Andrea y Saray cursan un módulo de fotografía que tendrá que permitirles «trabajar en una tienda revelando fotos o reengancharse a los ciclos formativos de grado medio».

De momento, han presentado sus primeros trabajos en una exposición en la que han retratado los ojos de decenas de mujeres gitanas de Langreo. En Unga todos están contentos con el resultado de «Miradas gitanas», aunque el presidente de la Asociación, José Antonio Jiménez «Román», aprovecha para hacer autocrítica: «No toda la culpa del abandono de las aulas la tiene el sistema. En ciertos aspectos, la cultura gitana juega en contra de nosotros mismos. Hay que recordar que los gitanos somos un pueblo ágrafo y que no relacionamos la calidad de vida con la enseñanza. Si fuéramos todos ingenieros, no tendríamos tantos problemas».

Además, subraya Jiménez, «una gitana de 14 años es como una paya de 20. Ya no es una niña, sino una moza». Cuestiones culturales, señala, «en las que el pueblo gitano tiene que hacer un esfuerzo grande porque las cultu-

«Compartimos territorio y nada más, nos tenemos miedo. Es mutuo»

ras minoritarias son las que tienen que esforzarse más por integrarse. Pero se está haciendo. Antes, el abandono del colegio se producía sobre los 8 o 9 años. Ahora, nos podemos mantener hasta los 14, lo que demuestra que se avanza poco a poco».

La maestra Alejandra Rodríguez se refiere a las «escuelas-gueto», aquellas donde la mayoría de los niños escolarizados son gitanos. Los payos se iban marchando «porque sus padres pensaban que el nivel educativo iba a bajar». Y «Román», defensor acérrimo de la escuela pública frente a la concertada, se pone esta vez positivo: «Hay una parte mala, que es el payo que se marcha, y otra buena, el gitano que se escolariza». «Yo pienso que el sistema educativo está respondiendo, pero sí es cierto que, cuando un gitano se siente mal en una clase, el problema repercute sobre toda la comunidad gitana», afirma. En lo que coinciden «Román» y Alejandra, el gitano y la paya, es en el desconocimiento de la cultura de los romaníes, incluso entre el profesorado. Es el caldo de cultivo ideal para muchos de los prejuicios que acompañan a los gitanos a lo largo de su vida. «Desde que llegamos a la Península, en el siglo XV, el gitano y el payo somos grandes desconocidos. Hemos compartido territorio, pero nada más. Nos tenemos miedo. Es mutuo».



Diego Crespo

Sónica Hernández, Andrea Fernández y Saray Hernández, con sus cámaras, en el módulo de fotografía que cursan.